



BERNARD  
CORNWELL  
LA GUERRA  
DEL LOBO

SAJONES, VIKINGOS Y NORMANOS, XI

Uhtred ha recuperado, al fin, Bebbanburg, la fortaleza de sus ancestros. Pero la paz sigue pareciendo imposible, pues se cierne sobre él una doble amenaza. Por un lado, Wessex, donde la lucha dinástica se encarniza para decidir quién será el próximo rey, y Mercia, con la rebelión en el aire mientras el rey Eduardo intenta tomar el control. Y, por todas partes, los invasores del norte continúan su implacable incursión, hambrientos de tierra. Con la única ambición de conquistar Northumbria, Sköll lidera un aterrador ejército de guerreros-lobo, hombres que luchan salvajemente, medio enloquecidos, en la creencia de que en verdad son lobos.

En una apasionante aventura de coraje, traición, deber, devoción, amor y guerra, Uhtred de Bebbanburg regresa para luchar una vez más por el destino de Inglaterra.

## TOPÓNIMOS

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona de los siglos IX y X era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbraland para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que en ella aparecen, es caprichosa.

- **Bebbanburg:** Bamburgh, Northumbria
- **Berewic:** Berwick on Tweed, Northumbria
- **Brunanburh:** Bromborough, Cheshire

- **Cair:** Liguaid Carlisle, Cumbria
- **Ceaster:** Chester, Cheshire
- **Cent:** Kent
- **Contwaraburg:** Canterbury, Kent
- **Dunholm:** Durham, condado de Durham
- **Dyflin:** Dublín, Irlanda
- **Eoferwic:** York, Yorkshire (nombre anglosajón)
- **Fagranforda:** Fairford, Gloucestershire
- **Farnea (islas):** Islas Farne, Northumbria
- **Gleawecestre:** Gloucester, Gloucestershire
- **Heagostealdes:** Hexham, Northumbria
- **Heaburh:** (nombre ficticio) Whitley Castle, Alston, Cumbria
- **Hedene:** río Eden, Cumbria
- **Huntandun:** Huntingdon, Cambridgeshire
- **Hwite:** Whitchurch, Shropshire
- **Irthinam:** río Irthing
- **Jorvik:** York, Yorkshire (nombre danés)
- **Lindcolne:** Lincoln, Lincolnshire
- **Lindisfarena:** Lindisfarne (Isla Santa), Northumbria
- **Lundene:** Londres
- **Mædlak:** río Medlock, Lancashire
- **Mæerse:** río Mersey
- **Mameceaster:** Manchester
- **Monez:** Anglesey, Gales
- **Ribbel:** río Ribble, Lancashire
- **Ribelcastre:** Ribchester, Lancashire
- **Snæland:** Islandia
- **Spura:** (nombre ficticio) Birdoswald (fortaleza romana), Cumbria
- **Sumorsæte:** Somerset
- **Tamweorthin:** Tamworth, Staffordshire
- **Temes:** río Támesis
- **Tine:** río Tyne
- **Usa:** río Ouse, Yorkshire
- **Wevere:** río Weaver, Cheshire

- **Wiltunscir:** Wiltshire
- **Wintanceaster:** Winchester, Hampshire
- **Wirhealum:** península de Wirral, Cheshire

# PRIMERA PARTE

---

## TIERRAS IGNOTAS

## CAPÍTULO I

No asistí al funeral de Eteflada.

La enterraron en Gleawecestre, en la misma cripta donde reposaban los restos de su marido, aquel de quien tanto abominara.

Presidió las exequias su hermano, el rey Eduardo de Wessex, quien, una vez concluidos los ritos de inhumación, decidió quedarse en la ciudad. En el palacio, se arrió el tan singular estandarte del santo ganso que había adoptado su hermana y, en su lugar, ondeó desde entonces el dragón de Wessex. El mensaje no podía ser más explícito: atrás quedaba lo que un día fuera Mercia. Todas las tierras bretonas al sur de Northumbria y al este de Gales pasaban a ser un solo reino con un único rey a la cabeza. Eduardo me emplazó a acudir a Gleawecestre para que le prestase juramento de lealtad y le rindiese vasallaje, como señor que era de aquellas tierras de mi propiedad que se hallaban en lo que hasta entonces había sido Mercia; la orden de comparecencia venía firmada con su nombre y seguido de una apostilla, *Anglorum Saxonum Rex*, es decir, rey de los anglos y de los sajones. Hice caso omiso de tal documento.

Al cabo de un año, me llegó un segundo documento, rubricado y sellado esta vez en Wintanceaster, en el que se me hacía saber que, por la gracia de Dios, las tierras que Eteflada de Mercia había tenido a bien otorgarme pasaban

a manos del obispado de Hereford, el cual, según se afirmaba en aquel pergamino, haría el mejor uso de ellas para mayor gloria de Dios.

—O sea, que el obispo Wulfheard dispondrá de más plata para agasajar a sus putas —comenté a Eadith.

—Si os hubierais llegado a Gleawecestre... —dejó caer.

—¿Y prestar juramento de fidelidad a Eduardo? —pronuncié el nombre con grima—. Jamás. Nada necesito de Wessex, ni Wessex necesita nada de mí.

—¿Qué vais a hacer, pues, con respecto a las tierras? —se interesó.

—Nada —repuse. ¿Qué podía hacer? ¿Declarar la guerra a Wessex? Me enojaba que aquellas tierras de Mercia que hasta entonces habían sido de mi propiedad fuesen a parar a manos de un antiguo enemigo como era el obispo Wulfheard, pero ni falta que me hacían. Había recuperado Bebbanburg. Era uno de los señores de Northumbria; tenía, pues, todo cuanto siempre había codiciado—. Además, ¿por qué habría de hacer nada? —le dije refunfuñando a Eadith—. Ya soy mayor y no tengo ganas de jarana.

—No lo sois —me dijo, muy convencida.

—Y tanto que sí —insistí. Tenía más de sesenta años. Era un vejestorio.

—Quién lo diría.

—Que Wulfheard se dedique a roturar a sus putas y que me dejen morir en paz. Tanto me da si no vuelvo a pisar Wessex o Mercia en lo que me queda de vida.

Sin embargo, al cabo de un año y a lomos de Tintreg, el más brioso de mis corceles, calado el yelmo, embutido en una cota de malla y con mi espada, *Hálito de serpiente*, a la cintura, una vez más me veía en Mercia. Rorik, el muchacho que me servía como mozo en aquellos días, cargaba con mi pesado escudo con reborde de hierro; a lomos de sendos caballos de guerra, noventa hombres armados hasta los dientes nos seguían.



—¡Santo cielo! —se sorprendió Finan, que cabalgaba a mi lado. Acababa de avistar al enemigo en el valle que se extendía a nuestros pies—. Pero ¿cuántos son esos cabrones? ¿Cuatrocientos, quizá? —Se lo pensó mejor—. Eso tirando por lo bajo. Quién sabe, puede que quinientos.

Callé la boca.

Esto ocurría a última hora de una gélida tarde de invierno. En forma de vapor, el aliento de los caballos empañaba los árboles desnudos que coronaban la suave loma desde donde observábamos a nuestros enemigos. Oculto entre las nubes, el sol ya se ponía, lo que quería decir que ningún destello procedente de nuestras cotas de malla o de las armas que portábamos les revelaría nuestra presencia. Más lejos, a mi derecha, hacia el oeste, plácido y gris, el río Dee proseguía su curso, ensanchándose a medida que se acercaba al mar. Abajo, a nuestros pies, el enemigo; más allá, Ceaster.

—Quinientos, definitivamente —concluyó Finan.

—Nunca pensé que volvería a ver estos parajes —comenté—. Nunca se me pasó por la cabeza la idea de volver por aquí.

—Han echado abajo parte del puente —dijo Finan, volviendo la vista hacia el sur.

—¿Acaso no habríais hecho vos lo mismo en su lugar?

Porque aquel lugar no era otro que Ceaster, ciudad a la que nuestros enemigos habían puesto sitio. La mayoría se congregaba al este de la ciudad, pero el humo de unas hogueras de campamento daba a entender que había muchos más al norte de la misma. Antes de virar hacia el norte en busca del ancho estuario, el río Dee discurría justo por el sur de las murallas de la ciudad. Con la demolición del ojo central del antiguo puente romano, el enemigo bien podía dar por hecho que ningún refuerzo desde allí habría de llegar en ayuda de la ciudad. Si la reducida guarnición que la defendía trataba de buscar alguna forma de zafarse del asedio, por fuerza tendría que abrirse paso hacia el norte o

hacia el este, donde más fuerte se había hecho el enemigo. Y escueta era, por lo visto, la guarnición que la defendía. Por lo que me habían contado, y por más que no se tratase sino de meras conjeturas, los defensores eran menos de cien. Finan debía de haber pensado lo mismo que yo.

—¿No iréis a decirme que quinientos hombres no han sido capaces de tomarla? —apuntó con guasa.

—¿No serán más bien seiscientos? —observé con tacto. No era fácil hacerse una idea del número de efectivos. Muchas de las gentes que ocupaban el campamento de los asaltantes no eran sino mujeres y niños; con todo, tenía para mí que Finan se había quedado corto. Tintreg agachó la cabeza y soltó un bufido. Le acaricié el pescuezo y, por si acaso, dejé caer la mano hasta la empuñadura de *Hálito de serpiente*—. No quisiera verme en la tesitura de tener que enfrentarme con esas murallas —añadí. Porque de piedra eran las murallas que rodeaban Ceaster: las habían levantado los romanos y, como constructores, los romanos no tenían parangón. Si habían sido capaces de contener los primeros envites y al enemigo no le había quedado otra que acampar y ponerles sitio con la esperanza de acabar con ellos matándolos de hambre, la pequeña guarnición de la ciudad debía de estar en buenas manos.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —se interesó Finan.

—Hemos recorrido un largo camino para llegar hasta aquí —repuse.

—¿Y?

—Pues que sería una pena no montar una buena. —Me quedé contemplando la ciudad—. De ser cierto lo que nos han contado, esos pobres desgraciados deben de estar alimentándose de ratas a estas alturas. Pero ¿qué me decís de esos otros? —pregunté, al tiempo que volvía la vista hacia el lugar donde mayor era el número de hogueras—. Esos de ahí están muertos de frío y hastiados; llevan aquí más de la cuenta. Durante el asalto a esas murallas, han su-

frido muchas bajas, así que ahora se limitan a eso, a esperar.

Podía ver las anchas talanqueras que los asaltantes habían levantado ante las puertas que daban al norte y al este de Ceaster. Con el fin de impedir que la guarnición tuviera alguna posibilidad de salir o escapar, tales parapetos por fuerza habían de estar guardados por sus mejores hombres.

—Están ateridos y hastiados, saben que aquí no pintan nada.

—¿Nada? —comentó Finan, esbozando una sonrisa.

—Son hombres del *fyrð* en su mayoría —añadí. Una tropa formada por aparceros, pastores y hombres del vulgo, capaces sin duda de dar muestras de innegable arrojo, pero que nada podían hacer frente a guerreros bien adiestrados, como los noventa hombres que venían conmigo—. Aparte de que aquí no pintan nada —insistí—, es una necesidad.

—¿Una necesidad, decís? —se interesó Berg, que, a lomos de su corcel, se encontraba a mis espaldas.

—¿No veis que ni siquiera han apostado centinelas? Jamás deberían haber consentido que pudiéramos llegar tan cerca. Ni siquiera se han dado cuenta de que estamos aquí. Una torpeza así es capaz de dar al traste con casi todo.

—Me gusta eso de que sean tan sandios como decís —contestó. El joven y aguerrido hombre del norte no le tenía miedo a nada, excepto a cualquier cosa que su joven esposa sajona pudiera echarle en cara.

—Disponemos de tres horas antes de que se ponga el sol —observó Finan.

—No las malgastemos, pues.

Obligué a Tintreg a dar media vuelta y, por entre los árboles, regresamos al camino que, desde el vado del río Mærse, llevaba hasta Ceaster. Un camino que tantos y tantos recuerdos me traía, como cuando, a caballo, lo había recorrido para ir a enfrentarme a Ragnall o para acabar con

Haesten. Un camino que, ineludiblemente, me llevaba a otra contienda.

Aunque nuestro aspecto no podía ser más aterrador, no nos dimos ninguna prisa a la hora de bajar la larga y suave pendiente que nos separaba de ellos. Con las espadas reposando en las vainas y las lanzas a lomos de los caballos de carga que habíamos dejado en manos de los mozos, avanzábamos como hombres que acababan de realizar un largo viaje, lo cual no dejaba de ser cierto, por otra parte. Por fuerza, el enemigo tendría que vernos tan pronto como dejáramos atrás aquel risco arbolado, pero nosotros no éramos más que unos pocos frente a los muchos que eran ellos, y nuestro avance pausado les daría a entender que íbamos en son de paz. Aunque las altas murallas de la ciudad estaban casi sumidas en la penumbra, llegué a vislumbrar las cruces cristianas que ondeaban en los estandartes, y no pude por menos que acordarme de Leofstan, aquel santo, tan loco como buena persona, a quien Etelfleda había designado obispo de Ceaster. Ella era quien se había encargado de reforzar e incluso de establecer una guarnición en aquella fortaleza, convirtiéndola así en un bastión contra los daneses y hombres del norte que cruzaban el mar de Irlanda para ir en busca de esclavos en tierras sajonas.

Etelfleda, hija de Alfredo y señora de Mercia. Muerta ya para entonces, sus restos se descomponían en una fría cripta de piedra. Me imaginé sus manos carentes de vida aferradas a un crucifijo en la enrarecida oscuridad de la tumba, y me acordé de cómo aquellas mismas manos se me clavaban en la espalda mientras, retorciéndose entre mis brazos, me imploraba: «Que Dios me perdone, pero ¡ni se os ocurra parar!».

En aquel momento, solo por ella volvía a Ceatser.

Y *Hálito de serpiente* se disponía a matar de nuevo.



Ahora era el hermano de Eteflada quien estaba al frente de los destinos de Wessex. Nunca había puesto inconveniente alguno a que su hermana se hubiera proclamado señora de Mercia, pero, tras su fallecimiento, y al frente de un nutrido ejército de sajones del oeste, no había dudado en adentrarse en aquellas tierras que, más al norte, se extendían al otro lado del Támesis. Según él, solo habían ido hasta allí para honrar su memoria durante las exequias, pero lo cierto es que no se movieron hasta que Eduardo se hizo al fin con las riendas del reino de su hermana. Eduardo, *Anglorum Saxonum Rex*.

Los grandes terratenientes de Mercia, aquellos que se habían limitado a agachar la cabeza, se vieron recompensados con largueza; con todo, hubo algunos, pocos empero, a quienes no acababa de convencer la presencia de los sajones del oeste. Mercia era una tierra orgullosa de su pasado. Hubo una época en que el rey de Mercia había llegado a ser el hombre más poderoso de Britania; un tiempo en que los reyes de Wessex, de Anglia oriental y hasta los caudillos de Gales le rendían vasallaje; un tiempo en que Mercia había sido el más pujante de los reinos britanos. Más adelante, tras la aparición de los daneses, dio comienzo la decadencia del reino, hasta que llegó Eteflada, quien no solo les plantó cara, sino que expulsó a los paganos más al norte y levantó los fortines que aún preservaban las fronteras de su territorio. Una vez muerta y pasto ya de los gusanos, las tropas de su hermano eran las que custodiaban las murallas de aquellos fortines, en tanto que el rey de Wessex se proclamaba rey de todos los sajones, les reclamaba plata por mantener allí sus hombres y privaba de sus propiedades a los terratenientes que no lo veían con buenos ojos, para ponerlas en manos de los suyos o de la Igle-

sia. Siempre de la Iglesia, porque eran los curas quienes se encargaban de inculcar a las gentes de Mercia la idea de que no otra era la voluntad de su dios crucificado: que Eduardo de Wessex fuera su rey, y que oponerse al rey era tanto como oponerse a Dios.

Pese al temor que les inspiraba el dios crucificado, ni siquiera eso bastó para acallar las revueltas, y así fue como dieron comienzo las luchas intestinas que enfrentaban a sajones contra sajones, a cristianos contra cristianos, a gentes de Mercia contra sus propios paisanos, a gentes de Mercia contra sajones del oeste. Asegurando que había sido la propia Etelfleda quien había designado a su hija Ælfwynn como su sucesora, al grito de «¡Ælfwynn, reina de Mercia!», los rebeldes enarbolaban la bandera de la madre. El caso es que Ælfwynn —una joven, caprichosa, frívola, preciosa y alocada—, aunque tan incapaz habría sido de gobernar un reino como de alancear a un jabalí acorralado, me caía bien. Y por más que Eduardo, al tanto de que, en su día, su sobrina hubiera sido la elegida para ocupar el trono de Mercia, se encargara de recluirla en un convento junto con la esposa a la que había repudiado, los rebeldes siguieron enarbolando la bandera de la madre y peleando en su nombre.

Al frente de ellos, Cynlæf Haraldson, un guerrero, un sajón del oeste; aquel al que Etelfleda había elegido como marido para Ælfwynn. La verdad es que Cynlæf solo aspiraba a proclamarse rey de Mercia. Era un joven apuesto y arrojado, pero también un necio, en mi opinión. Su única ambición era derrotar a los sajones del oeste, sacar a su novia del convento y verse coronado como rey.

Pero antes tenía que apoderarse de Ceaster, y eso aún no lo había conseguido.



—Parece que va a nevar —iba diciendo Finan mientras cabalgábamos en dirección sur, camino de la ciudad.

—¿A estas alturas del año? No creo que... —contesté, muy convencido.

—Lo noto en los huesos —añadió, al tiempo que se estremecía como si sintiera un escalofrío—. En cuanto se haga de noche.

Al oírlo, me eché a reír.

—Dos chelines a que no.

Él también rompió a reír.

—¡Señor, no dejes de enviarme necios acaudalados! Los huesos no engañan. —Aparte de irlandés, Finan era mi lugarteniente y también mi mejor amigo. Bajo el acero del yelmo, con aquella barba gris (igual que la mía, me imaginaba) y aquel rostro arrugado, parecía un viejo. Le observé mientras destrababa a *Ladrona de almas* de la vaina donde reposaba, al tiempo que echaba una rápida ojeada a través de la humareda que desprendían las hogueras que veíamos más adelante—. ¿Qué vamos a hacer, al fin? —me preguntó.

—Expulsar a esos malnacidos que han acampado en la parte este de la ciudad —repuse.

—Pues lo que es por ese lado, los hay para dar y tomar.

Eché cuentas y me imaginé que, más o menos, las dos terceras partes de nuestros enemigos habían acampado al este de Ceaster. Muchas eran las hogueras que, entre unos cuchitriles improvisados con ramas y tapines, ardían por aquel lado. Al sur de tan toscos chamizos y más cerca de las ruinas del antiguo anfiteatro romano, que, a pesar de haber sido aprovechado como cantera, se alzaba aún soberbio por encima de la docena de suntuosas tiendas que, con desmayo, presidían un par de estandartes que ni se agitaban siquiera en aquel aire encalmado.

—Si Cynlæf anda por aquí todavía, estará en una de esas tiendas —apunté.